DICCIONARIO DE RETÓRICA Y POÉTICA

EL ARTE DE ELABORAR DISCURSOS

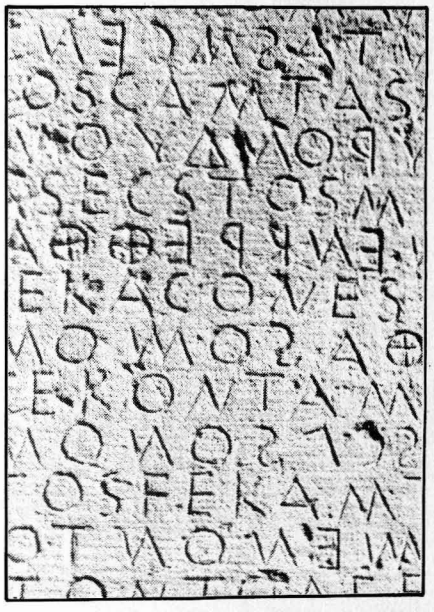
Por César González Ochoa

En la confluencia de la poética, la lingüística, la retórica, la teoría literaria y otros aspectos relativos al mismo campo conceptual, este diccionario parece de una amplitud tal que los que conocimos esta obra apenas como proyecto, unos años atrás, pensábamos que se trataba de una empresa prácticamente imposible. Hoy que lo tenemos en nuestras manos, no podemos menos que alegrarnos por contar con una obra de tal naturaleza en nuestra lengua.

¿Por qué es importante contar con un diccionario como éste? ¿No bastan los diccionarios especializados que abarcan todas y cada una de las disciplinas mencionadas? Como muestra pueden mencionarse el de Lázaro Carreter o el de Sainz de Robles o el publicado por la *Revista de Occidente,* que tratan temas de literatura y teoría literaria; el de Ducrot y Todorov o la *Guía alfabética de lingüística,* que abarcan ampliamente el campo de la lingüística; la *Guía alfabética de semiótica* o el diccionario de Greimas y Courtés sobre semiótica; tenemos también variados tratados y manuales, tanto antiguos como modernos, sobre la devaluada ciencia de la retórica; entonces, ¿qué añade el diccionario de Helena Beristáin? Una primera respuesta a esta pregunta es que ninguna de estas obras se asigna una tarea tan extensa como la del libro que aquí se comenta, puesto que su finalidad es abarcar los términos necesarios para los cursos de "literatura, teoría literaria, análisis de textos, análisis del discurso, corrientes literarias, redacción, etc., que se imparten en el bachillerato o en las escuelas de enseñanza superior" (p. 11). Independientemente de sus demás virtudes, ésta sería suficiente para distinguirlo.

Alrededor de mil doscientas entradas configuran este volumen, las cuales se encuentran muy desigualmente repartidas: casi la mitad (46%) corresponden a retórica; una cuarta parte son de lingüística; el resto se reparte entre términos de teoría literaria, semiótica, métrica, etc. La abrumadora mayoría de términos-retóricos obliga a considerar más de cerca este campo del saber, despreciado por muchos o, por lo menos, mal comprendido.

En este libro la retórica se define como "el arte de elaborar discursos gramaticalmente correctos, elegantes y, sobre todo, persuasivos. Arte de extraer, especulativamente, de cualquier asunto, una construcción de carácter suasorio" (p. 421). Hay aquí ya una toma de partido, pues sabemos que el objeto de la retórica no es históricamente estable: en la Antigüedad constituye un cuerpo muy amplio, formado



de técnica, de ciencia, de enseñanza, de moral; posteriormente, este gigantesco sistema institucional se ha restringido a una de sus partes: al arte de la persuasión; es decir, para hablar en términos retóricos, ha ocurrido una sinécdoque histórica que consiste en tomar la parte por el todo. De cualquier manera, la definición de retórica que se adopta en esta obra, que más o menos es la vigente en la Antigüedad, está bastante alejada del terreno de lo literario, y no puede ser de otra manera si examinamos sus orígenes: fue la presencia de cierta finalidad en el lenguaje lo que provocó su nacimiento, pues es fundamental en las sociedades griegas el papel de la palabra, tanto en el plano económico como en el político; de allí que el aspecto estético de los textos se encuentre ausente. Esta finalidad era extraer las leyes del discurso; por esto puede decirse que era una técnica ligada a la vida cotidiana, con soportes de tipo histórico e ideológico. Es también el terreno donde destacan los sofistas, maestros en el arte de obtener cualquier cosa a través de la palabra. Platón y Aristóteles toman posiciones con respecto a la retórica (y a los sofistas); Platón se aleja de la visión sofista al considerar la retórica como seducción de las almas basada en el conocimiento del otro; su fe en la verdad transportada por las ideas le hace concebir las relaciones entre los hombres como un intercambio lingüístico. Aristóteles, que escribió un tratado sobre retórica, aleja ésta de la moral al definirla como el arte de encontrar, por medio del pensamiento, lo que cualquier tema contiene de persuasivo (es la definición adoptada por la autora del diccionario). Para él la retórica es una técnica no un arte relacionado con la virtud, y en este punto se acerca a los sofistas. Otro aspecto importante es que en su obra hay una toma de distancia entre el discurso elocuente, donde la palabra está inserta en su realidad inmediata, es decir, entre el tipo de discurso al cual apela la retórica, y el discurso de la ficción, en el cual se utiliza otra técnica: la poética.

En Cicerón la retórica se presenta todavía como el arte de la elocuencia pero apoyado menos en la razón que en el corazón; es esto lo que impone un carácter estético, más importante que la lógica de la persuasión. La época de Augusto tal vez pueda considerarse como el momento de fusión entre retórica y poética; allí desempeña un papel fundamental Quintiliano y, junto con él, Dionisio, Plutarco, y el autor del "tratado de lo sublime"; son ellos quienes hacen aparecer un cambio en la retórica al hablar de textos que van más allá de la pura elocuencia para pasar a considerarse como literarios.

Estamos en el inicio de la decadencia de la retórica. El cristianismo la hará su aliada: San Agustín le da un sistema pues organiza la doctrina cristiana bajo un esquema retórico y, con ello, sistematiza la prédica. El predicador debe saber retórica puesto que su tarea es persuadir, predicar las buenas nuevas, convertir, pero aquí la retórica se decepciona de ella al verla como incapaz de enseñarle la verdad; para él esta verdad está en el Verbo: Dios ha creado el mundo a través de la palabra. En síntesis, la alta Edad Media relega la retórica al arte de la discusión teológica y como herramienta de persuasión. Después del siglo X la retórica ocupa otro campo, el de la educación, la cual está relacionada con tres grandes instituciones: el monasterio, la catedral y la universidad; en las tres la retórica es importante en la transmisión del conocimiento, pero reducida aquélla a una de sus partes: el arte de la memoria.

El empobrecimiento de la retórica continúa ahora por medio de la lógica, y en esto

Santo Tomás desempeña un papel capital. Desde que Gerberto de Aurillac, en los últimos años del siglo X, redescubre la lógica aristotélica, ésta no deja de desarrollarse hasta convertirse en la única vía para llegar al conocimiento demostrable.

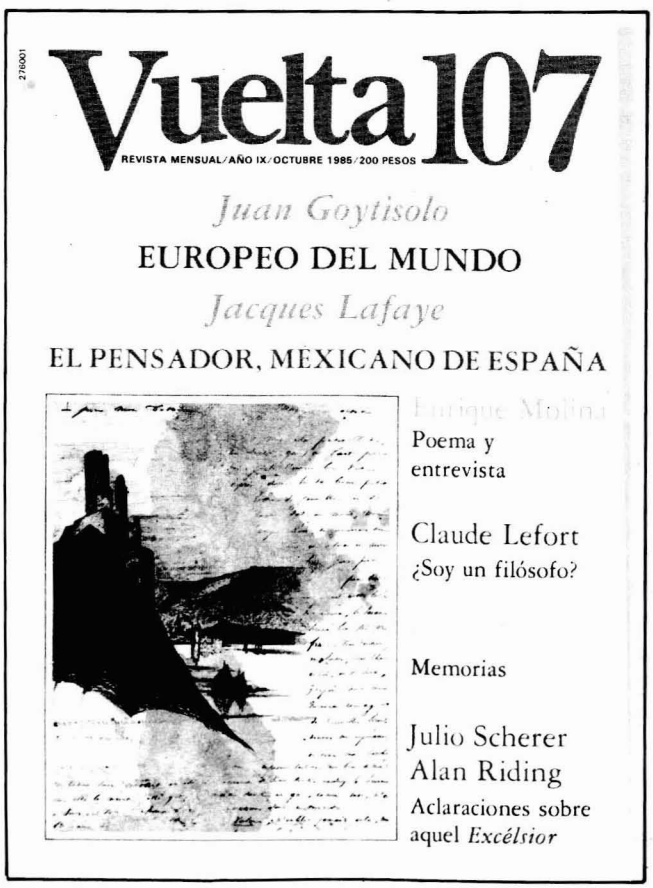
El grado más alto de pobreza se alcanza en los siglos XVIII y XIX con los tratadistas clásicos franceses, sobre todo Fontanier. Con el nombre de retórica se conoce una de sus partes, la elocutio; pero el proceso reductor no acaba allí, puesto que incluso la elocutio termina reducida a una mera teoría de los tropos. Esta mutación se une a un desplazamiento pues, a medida que la retórica se convierte en un repertorio de ornamentos, también se considera como pertinente sólo para el estudio de los discursos cuya función es únicamente ornamental.

Afortunadamente para la retórica, a partir de los años sesenta de este siglo asistimos a un renacimiento de la retórica, el cual tiene como punto de inicio los trabajos de Perelman, de Genette, de Kuentz, de Ricoeur, todos ellos en países de habla francesa. En el marco de este renacimiento es donde debemos insertar el trabajo de Helena Beristáin. La nueva visión de la retórica quiere de algún modo recuperar el terreno original, dejar de estar reducida a la mera elocutio y extenderse también a la actio, inventio, dispositio y memoria; en otras palabras, quiere recuperar la materialidad del texto. Para ello requiere liberarse de la lógica.

Según Aristóteles, la lógica es el arte de razonar, de adecuar la forma y el sentido del lenguaje, ya que la verdad se encuentra codificada en la expresión: nada está fuera de la razón, y no puede existir un lenguaje irracional. Si la retórica tiene como objetivo clasificar enunciados, entonces es hija de la lógica puesto que dicha clasificación se realiza siempre en un marco que verifica su verdad. Pero la retórica no tiene que estar subordinada a la lógica; de hecho, una multitud de ejemplos literarios que Helena Beristáin presenta en su libro nos muestra, por un lado, la necesidad de autonomía con respecto a la lógica y, por otro, la necesidad de estrechar las relaciones entre poética y retórica. No obstante, ésta es una de las mayores carencias del libro: la ausencia de nexos entre estas dos disciplinas, la no explicitación de los dos conceptos unidos desde el título.

Para terminar, quiero decir que el análisis de los términos de los otros campos que toca el diccionario requiere considerar una precaución ya tomada por la autora: tales conceptos no fueron elegidos con el propósito de desarrollar "una sola teoría coherente, sino con el objeto de procurar al interesado las definiciones que requiere para el estudio del fenómeno literario, ya sea que dicho estudio esté presidido por un criterio o por otro" (p. 11). Los términos proceden de corrientes teóricas distintas, no necesariamente compatibles entre sí. Por lo tanto, no es válido analizar este trabajo a la luz de alguna coherencia conceptual o de cierta solidez de su sistema de términos. Y aquí estaría la principal diferencia con respecto a los demás diccionarios mencionados al principio: el criterio que lo preside, el cual es producto de largos años de experiencia docente, de enfrentamiento con los textos y con los problemas derivados de ello, de vivir las dificultades del estudiante con el análisis textual y con los distintos enfoques teóricos, es también producto de una amplia experiencia en la elaboración de material de trabajo para la enseñanza de las letras. En resumen, el criterio básico presente en la elaboración de este libro es su utilidad. En ello difiere de los demás tratados y por ello mismo es que para nosotros tiene una gran importancia. Esta obra es una importante aportación para la enseñanza de la literatura, un libro de consulta obligado para quienes quieran emprender el camino a través de la selva de términos, conceptos y nociones que configuran lo que conocemos como el campo de los estudios literarios. ◇

Helena Beristáin, *Diccionario de retórica y poética*, México: Porrúa, 1985, 508 pp.



PROGRAMAS DE LA UNAM
EN IMEVISION

PRESENCIA UNIVERSITARIA
El diario acontecer en la UNAM
DE LUNES A VIERNES, CANAL 13
DE 7:50 A 8:00 HRS.

PRISMA UNIVERSITARIO
Ciencia, arte y cultura
LUNES, CANAL 7, 18:30 HRS.
SABADO, CANAL 13, 17:30 HRS.

GOYA...UNIVERSIDAD
Deportes
MIERCOLES, CANAL 7, 18:30 HRS.
DOMINGO, CANAL 13, 10:00 HRS.